

## El Muro

*Walter Phillipps-Treby\**

*Cuento un cuento. Si informo al lector que hay, apenas sugerido, algo más profundo, él me prestará el ingenio que no se si tengo y descubrirá cosas que no están escritas, con lo cual saldremos los dos gananciosos. El no podrá evitar recrear lo escrito, yo no podré dejar de beneficiarme con ello.*

Ya lo había visto caer muchas veces. Lo había barrenado, demolido, traspasado de mil maneras. Lo había visto del derecho y del revés, por dentro y por fuera; lo había odiado.

Después de todo, él me había separado del mundo. De las playas, del mar. de la piel de durazno de las muchachas, de los niños, las fábricas, las ferias, los trenes, los clásicos del estadio, los árboles, del olor a tierra mojada cuando llueve.

Me había separado de los míos, de mi familia, mi gente. Me había transformado en una hebra suelta del año que laboriosamente traman los textiles de mi pueblo.

Yo le echaba la culpa de todas las separaciones, de las más viejas y las más nuevas. Recuerdo que hablan sacado el tren, clausurando la línea y se habían ido para siempre las viejas locomotoras resoplantes, los vagones resignados, el sonido de la campana de la estación. Y recuerdo que muy dentro mío maldecía a ese muro que no me había permitido ni la tristeza de caminar por las vías vacías, yertas.

Cada vez que lo había visto caer, lo habla disfrutado sosegadamente; el detalle de que aquellas caídas sólo se operaran en mi imaginación, que las alucinara como a un imposible, menguaba el goce.

---

\* 21 de Setiembre 2879/1002, Montevideo 11300

Pero ahora me habían dicho que lo estaban demoliendo de verdad. La ciudad había terminado de expulsar al viejo penal de Punta Carretas. Presos, carceleros, llaves, habían ido a parar muy lejos. Más lejos aun que los locos y los marginados; habían ido a dar fuera del límite que la tónica urbana establece para la conciencia de los ciudadanos. Habían caído -silenciosamente- en el territorio de lo ignoto, tan conocido.

Por fin, lo estaban demoliendo.

Enterarme y planificar mi disfrute del espectáculo fue todo uno: elegí una mañana soleada y con mi familia, charlando y tomando mate, fui caminando, despacito, a mirar.

Lo estaban deshaciendo prolijamente: sólo la mitad superior, de modo que el penal que encerraba siguiera oculto a los ojos de los vecinos. Sólo en un punto había sido totalmente destruido, para hacer una puerta a los camiones que entraban y salían cargados de escombros, de restos de la pared. Por esa puerta miré. Por esa puerta vil a mole gris de “el celdario”, la hilera de ventanitas, la ventanita de mi celda.

Creo que ahí empecé a comprender que algo se movía dolorosamente dentro de mí. ¡Mi celda!... Algo se rebelaba y me decía que aquel cubo de silencios no era mío... no era un nido de un palomar, era una trampa, un sitio de dolor, de soledad, de angustia...

...Recordé que por allí habían pasado tantos hombres, algunos habían muerto allí, la mayoría se había ido algún día. Y las paredes guardaban su recuerdo bajo la forma de inscripciones, marcas, agujeritos de clavos, restos de adhesivos que alguna vez habían sostenido una mística trilogía: Gardel, Leguisamo y alguna rubia con pechos exuberantes, sacada de un almanaque de taller mecánico.

Y, sin embargo, era “mi” celda y “mi” cárcel, pese a que luego había conocido otras, y por muchos años. Pero no dejaba de ser mi primera prisión, y me negaba a aceptar que, en lo profundo, aquello tocara los mismos resortes que la primera mujer, el primer amor.

Aquel lugar que me había segregado del mundo me devolvía una imagen especular absurda donde virtualmente era ahora también un ex-algo de allí: un ex-habitante, un ex-recluso.

Una parte de mí celebraba la caída del muro y otra perdía algo suyo, lo que se me antojaba muy cretino, impensable... yo no podía, no quena, tener ni un hilo de afecto que me atara a aquella prisión moribunda. Sin embargo, me sorprendía pensando en fotografiar, filmar, para guardar un recuerdo de aquel lugar que por una especie de encanto cervantino había sido mi casa. Y tampoco podía cerrar mis ojos y mi corazón a aquel lugar donde viví, soñé, aquel lugar que colonicé, que un día habité, que hice mío contra toda lógica. Porque yo también había clavado una foto en la pared, y había

improvisado un germinador con una bella y verde planta de boniato que adornaba la celda, y había encontrado los ángulos muertos de la perspectiva óptica que se tejía entre la mirilla que daba a los guardias del pasillo y la ventana que asomaba a los otros guardias que se paseaban por el muro. Y en aquellos puntos ciegos del panóptico había hecho mi mundo, mi lugar íntimo, secreto, y había estado solo, sí es que se puede decir esa palabra, que apenas define una forma de estar en un contexto.

Mirando las piedras rotas recordé el día -la noche- en que me desalojaron definitivamente de allí, rumbo a otra cárcel. Era casi medianoche; de pronto una voz alertó: -“se llevan a uno”. Y muchas voces la siguieron: “¡Chau hermano! ¡Suerte! ¡Vamo'arriba!”. Enseguida comenzó un golpeteo, los compañeros con sus jarritos de aluminio atronaban contra las puertas blindadas, y aquel llamado de voces y metal golpeado me acompañó días.

Ahora, mirando los restos del muro, un llamado, como un eco de aquél, pero sordo, triste, me invitaba a la cita imposible con lo que ya fue. Me hacía sentir otra vez hebra desprendida de lo que allí se tejó, desterrado. Desterrado de todos los lugares, incluida ahora esta casa de piedra, la gran casa enorme que había sido capaz, por un raro sortilegio, de encerrar dentro a hombres -cualesquiera- que eran mucho más grande que ella.

El sol alto me recordó la hora: ya era el mediodía y los chiquilines, mis hijos, debían estar hambrientos. El mate estaba lavado y empezamos a caminar de regreso a casa.

Me llevaba como recuerdo unas piedras del muro en el bolso de la feria y en la piel un cosquilleo que recorría las viejas cicatrices y, una vez más, la sensación de no entender más que fragmentaria, provisoriamente, estas cosas absurdas que hacemos, de vez en cuando, los humanos.

*Noviembre, 1991.*